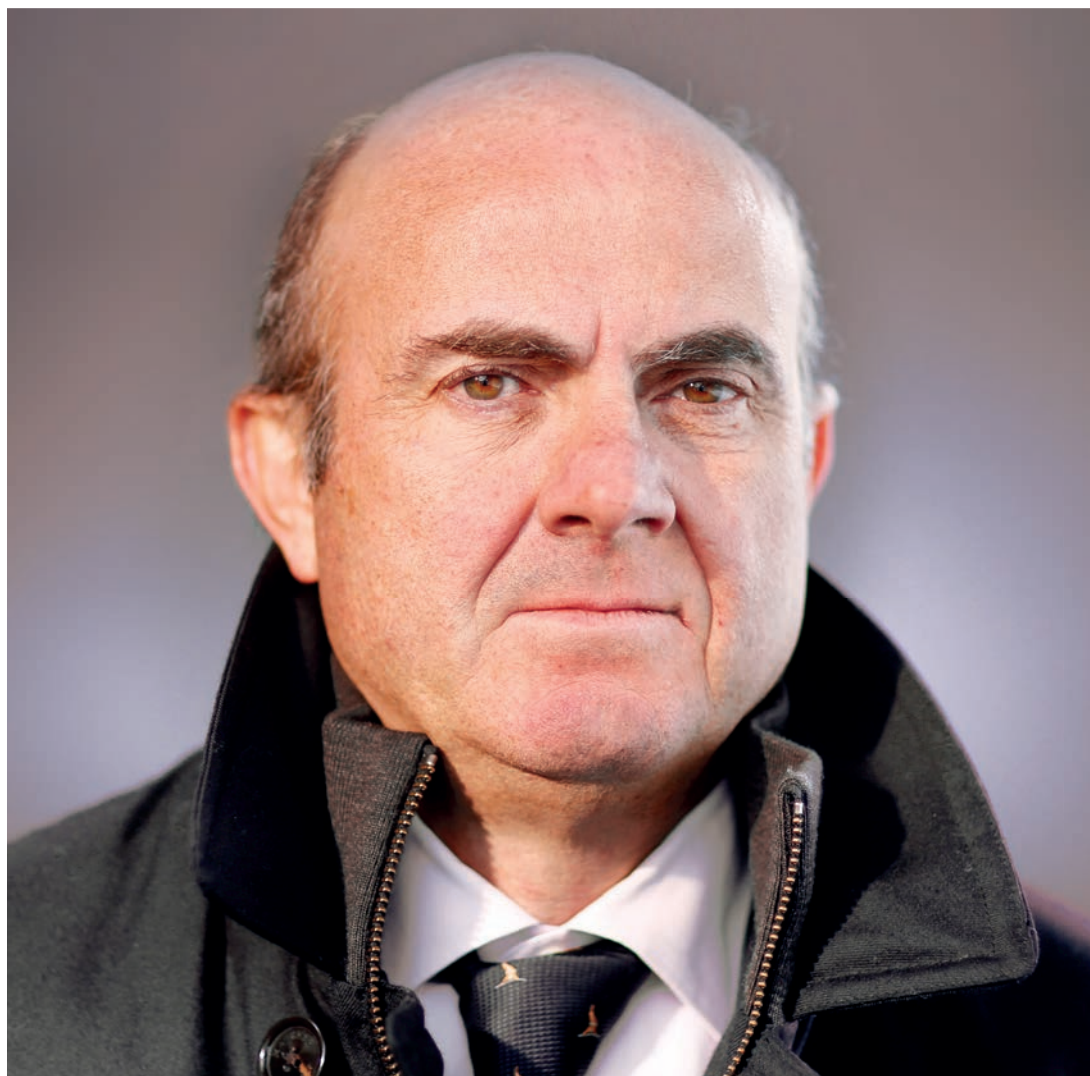


# España amenazada

## Luis de Guindos

De cómo evitamos el rescate y la economía recuperó el crecimiento



Luis de Guindos  
**España amenazada**

De cómo evitamos el rescate  
y la economía recuperó el crecimiento

Con la colaboración de Concha Martín del Pozo

*ediciones península*

© Luis de Guindos Jurado, 2016

Queda rigurosamente prohibida sin autorización por escrito del editor cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra, que será sometida a las sanciones establecidas por la ley. Pueden dirigirse a Cedro (Centro Español de Derechos Reprográficos, [www.cedro.org](http://www.cedro.org)) si necesitan fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra ([www.conlicencia.com](http://www.conlicencia.com);

91 702 19 70 / 93 272 04 47).  
Todos los derechos reservados.

Primera edición: septiembre de 2016

© de esta edición: Grup Editorial 62, S.L.U., 2016  
Ediciones Península,  
Av. Diagonal 662-664  
08034 Barcelona  
[edicionespeninsula@planeta.es](mailto:edicionespeninsula@planeta.es)  
[www.edicionespeninsula.com](http://www.edicionespeninsula.com)

ĀTONA VÍCTOR IGUAL S. L. - fotocomposición  
CAYFOSA - impresión  
DEPÓSITO LEGAL: B-14.706-2016  
ISBN: 978-84-9942-537-5

# ÍNDICE

Prólogo: UNA ESPAÑA MEJOR, por Mariano Rajoy Brey

1. LA COINCIDENCIA DE LAS TRES CRISIS  
España se enfrenta por primera vez y de forma simultánea a las crisis económica, financiera y fiscal 17
2. LAS PRIMERAS MEDIDAS  
Los ajustes para reconducir el déficit y los primeros datos sobre el sector financiero 31
3. LAS TRES REFORMAS  
El mercado laboral, la Ley de Estabilidad Financiera y el sector financiero se transforman 45
4. EL RESCATE DE LAS COMUNIDADES  
La creación del Fondo de Pago a Proveedores y el Fondo de Liquidez Autonómica 61
5. BANKIA EN EL PUNTO DE MIRA  
La crisis de la cuarta entidad financiera centra la preocupación de los organismos internacionales 75

6.	LA DIMISIÓN DE RATO El presidente de Bankia abandona el cargo y la entidad es nacionalizada	89
7.	EL RESCATE DE LOS BANCOS Las negociaciones con el Eurogrupo para la asistencia al sector financiero español y la puesta en marcha de las reformas acordadas	103
8.	AL BORDE DEL COLAPSO España consigue evitar el rescate completo de la economía y se sientan las bases para resolver la crisis del euro y fortalecer la arquitectura de la moneda única	119
9.	EL MALESTAR SOCIAL Las soluciones para los desahucios, las preferentes y los minoristas de Bankia	135
10.	APRENDER DE LOS ERRORES Lecciones de la crisis y reformas emprendidas para configurar un nuevo modelo de crecimiento económico	149
	Agradecimientos	157
	Anexos	159
	Índice onomástico	185

## LA COINCIDENCIA DE LAS TRES CRISIS

España se enfrenta por primera vez y de forma simultánea a las crisis económica, financiera y fiscal

En noviembre de 2011, un mes antes de las elecciones, pidió verme el jefe de la misión para España del Fondo Monetario Internacional (FMI), James Daniel. Formaba parte de las entrevistas preparatorias del informe anual sobre la economía española. El FMI habla con instituciones, organizaciones, empresarios..., lo que podríamos calificar de «fuerzas vivas», y luego hace sus previsiones. A veces acierta, otras veces, no.

Por aquel entonces, yo veía un poco los toros desde la barrera. Daba clases en el Instituto de Empresa, y tenía de vecinos de despacho a José Fidalgo, exdirigente de CC.OO., y al economista Fernando Fernández. Escribía un artículo semanal en el suplemento Mercados del periódico *El Mundo*, donde compartía páginas con el exministro socialista Jordi Sevilla. Alguna conferencia, libros y tenis..., en fin, una vida bastante apacible y entretenida, sobre todo si se compara con lo que vino después.

Ya por entonces sonaba mi nombre como ministrable y por eso quizá el acercamiento del FMI. Hablaba con ellos como experto economista, pero las encuestas daban un cambio en España en favor del PP, lo que me hizo volver a

despertar cierto interés público. Desde que dejé en 2004 el Gobierno de José María Aznar como secretario de Estado de Economía, me había dedicado al sector privado, sobre todo a la docencia en los últimos años. Nada de política. Pero ahora se abría otra etapa.

Si a alguien podíamos considerar el paradigma de «hombre de negro», este era James Daniel. Mi equipo en el Ministerio de Economía testifica las tensas discusiones para conseguir modificar unas décimas arriba las previsiones de crecimiento para España durante prácticamente toda la X Legislatura. Por eso ahora, a cinco años vista, lo primero que me viene a la memoria de aquellos tiempos es la reunión en mi despacho de la calle Serrano, en Madrid, con Daniel y la representante española en el FMI en aquel momento, Carmen Balsa.

Les dije que el déficit público no iba a ser el 6% como aseguraba la entonces vicepresidenta y ministra de Economía, Elena Salgado; que iba a ser bastante superior. Que al sector financiero le faltaban unas decenas de miles de millones de euros en provisiones y que esto había que corregirlo con urgencia. Que sufríamos una fuerte pérdida de competitividad. Que la economía española estaba ya en recesión... Me llamó pesimista. En honor a la verdad, he de decir que en la primera reunión con mi equipo (Fernando Jiménez Latorre, Íñigo Fernández de Mesa, Rosa María Sánchez-Yebra y Miguel Temboury) ya con el nuevo Gobierno, Daniel me dio la razón aunque a toro pasado.

No era para menos. La tormenta que se cernía sobre nuestras cabezas, elevada a categoría de ciclogénesis, se había formado con la combinación de casi todos los males posibles en el ámbito económico. Las tres crisis —fiscal, financiera y económica— se habían puesto de acuerdo para presentarse a la vez como producto de una burbuja inmo-

liaria y de crédito, más la pérdida de competitividad derivada de una política económica dramáticamente errónea.

Era la primera vez en nuestra historia económica moderna que los tres pilares se tambaleaban a la vez. En democracia habíamos vivido la crisis del petróleo, la crisis financiera o la crisis fiscal, pero por separado y con la peseta como moneda «autónoma». Se podían utilizar distintos resortes y muy especialmente la devaluación. Pero dentro del euro, no hay posibilidad de atajos, al tiempo que aumenta el umbral del dolor. Con estos mimbres nos enfrentamos nada más llegar a una gravísima y profunda recesión que se prolongó durante seis trimestres más y a una crisis que, a día de hoy, aún no está superada del todo. En realidad, la economía española apenas había conseguido levantar cabeza desde el tercer trimestre de 2008.

Las señales de alarma sonaron cuatro años antes en Estados Unidos cuando en pleno mes de agosto de 2007 estalló la crisis de las hipotecas *subprime*. La globalización mostró entonces su enorme capacidad de contagio cuando, simplificando, el impago de un préstamo para vivienda en Oklahoma repercutió en la solvencia de un banco en el otro extremo del mundo. El sector financiero vivió un efecto dominó, empezaron a caer grandes entidades emblemáticas, y el pánico hizo que los mercados se secaran, especialmente en Europa. Nadie prestaba a nadie. Nadie se fiaba de nadie.

#### LA NEGACIÓN DE LA CRISIS

Todo lo que estaba sucediendo en aquel verano era nuevo para muchos en España. Muy pocos habíamos oído hablar de hipotecas *subprime* y, en principio, en España existía cier-



ta sensación de que aquí las cosas se estaban haciendo bien o mejor dicho, no se habían hecho tan mal. La negación de la crisis fue una constante en el anterior Gobierno socialista. Recuerdo que en aquel verano de 2007 estaba en Chipre de vacaciones. Me inquieté con lo que suponía que podía ser el comienzo de una crisis financiera a escala planetaria, con repercusiones en la deuda pública y con el efecto de un frenazo económico y aumento del desempleo. Estados Unidos y Europa como focos del incendio.

Llamé a Rodrigo Rato, por aquel entonces director gerente del Fondo Monetario Internacional (FMI). Le dije, «Rodrigo, esto no me gusta nada». Él no parecía tan preocupado. Me dijo que los servicios de análisis del FMI, sus asesores, no eran alarmistas. Rato no es economista, ha sido sobre todo un político. Comprendí que se fiara completamente de su equipo, aunque la verdad es que no me quedé muy tranquilo después de la conversación.

No puede decirse que el FMI haya salido fortalecido como institución y ante la opinión pública por su gestión en la crisis. Un informe de la Oficina de Evaluación Independiente, una especie de auditoría externa, de los años 2004 a 2007, concluyó que el Fondo no estuvo a la altura de las circunstancias. Habla de disfunciones internas, luchas por el poder, compartimentos estancos, falta de claridad en las funciones de los altos cargos e incluso ausencia de imparcialidad. Todo ello estaba dañando la capacidad del FMI para reaccionar ante la crisis, y no digamos prevenirla.

No era una crítica directa a la gestión de Rato, era más bien una radiografía de problemas arrastrados por una institución de primer nivel en las relaciones económicas internacionales. Como se sabe, la función del FMI es promover la estabilidad financiera y la cooperación monetaria internacional, facilitar el comercio internacional, incentivar un

empleo elevado, un crecimiento económico sostenible y reducir la pobreza en el mundo entero. El FMI proporciona asesoramiento a los 189 países miembros, administra un presupuesto de unos 327.000 millones de dólares (la cuarta parte del PIB español) y en él trabajan 2.600 funcionarios.

Su director gerente tiene la consideración del jefe de Estado en el protocolo internacional. El nombramiento de Rato para este puesto a mediados de 2004 durante el Gobierno socialista fue un triunfo de la diplomacia española y un reconocimiento justo a la buena gestión y al éxito que supuso la incorporación al euro. Por eso su salida del FMI un año y medio antes de cumplir su mandato fue muy decepcionante. Las razones verdaderas creo que solo las sabe él, yo no voy a contribuir a la extensa rumorología. Pero sí parece que a partir de ahí su brillante trayectoria se tuerce.

Durante el año que sigue al primer crujido de la crisis, en el verano de 2007, algunos grandes bancos —como el estadounidense Bearn Stearns, los gigantes hipotecarios Fannie Mae y Freddie Mac y el británico Northern Rock— se van a la quiebra. Los Tesoros empiezan a tirar de los fondos públicos y salen al rescate. Para evitar el colapso de los mercados financieros, los principales bancos centrales, la Reserva Federal de Estados Unidos, el Banco Central Europeo y el Banco de Japón realizaron varias acciones concertadas de rebaja de tipos e inyecciones de liquidez.

El 15 de septiembre de 2008 llega la quiebra de Lehman Brothers, un domingo por la tarde. Desde dos años antes, yo era CEO (Chief Executive Officer) para España y Portugal. La caída del coloso Lehman se convirtió en el símbolo de la crisis financiera, el punto de no retorno. Además de ser uno de los cuatro grandes bancos de inversión de Estados, lo que marcó la diferencia es que a Lehman no se la

rescató, como sí se hizo solo dos días después con la aseguradora IAG, la mayor del mundo, y con otras entidades financieras antes y después.

Las teorías respecto de por qué no se rescató a Lehman también son variadas. Algunos piensan que hubo motivaciones religiosas personalizadas en el entonces secretario del Tesoro de Estados Unidos, Henry Paulson, que provenía de Goldman Sachs, y le volvió la espalda. Lo cierto es que el debate sobre las ayudas públicas —700.000 millones de dólares en Estados Unidos, recuperados con creces— para rescatar bancos acusados de hundir la economía, causaba malestar en la opinión pública. Muchos consideran, sin embargo, que el no rescate de Lehman fue lo que amplió la magnitud de la onda expansiva.

En la caída de Lehman, la filial europea y mucho menos la española tuvieron poco o nada que ver, ya que las estrategias se fijaban en la sede de Nueva York. En España, de hecho, apenas se colocaron productos estructurados y lo poco que se hacía era a través de los bancos nacionales. Los problemas en España eran de un origen similar, una burbuja inmobiliaria y de crédito que estallan. Pero se mezclaron con una peligrosa pérdida de competitividad derivada de la ausencia de reformas, la politización de las cajas de ahorros, una política fiscal expansiva e irresponsable... y, sobre todo, un tenaz empeño en ignorar los problemas.

Como en el cuento de Blancanieves —espejito, espejito mágico—, la política española de esa etapa solo quería ser la más guapa, olvidando que algunas veces hay que hacer de madrastra. Nada que enturbiara la balsa de aceite en la que la economía española se mecía, olvidando cuestiones básicas como el entorno internacional, las inercias de la economía, los riesgos, la prevención, la deuda, la confianza, los compromisos con los socios europeos... Al contrario, el Go-

bierno de Rodríguez Zapatero recogió en 2004 un Presupuesto en equilibrio, pero cinco años después se fue a un déficit del 11% del PIB, para dejarlo en el 9,6% en 2011.

Una política expansiva cercana a los 100.000 millones de euros, que se dice pronto. Quedarán para la historia (o eso espero) del disparate económico los famosos planes E por los que se cambiaron farolas y aceras en los pueblos de media España. Además del cheque bebé, la duplicación de las deducciones por compra de vivienda en plena burbuja... Se perdió entonces una gran oportunidad para realizar las reformas estructurales que España necesitaba y que nosotros tuvimos que hacer después en plena recesión.

En aquellos años de Gobierno socialista, el entonces gobernador del Banco de España, Miguel Ángel Fernández Ordóñez, me llamaba para explicarme cómo veía la situación. También creo que quería pasar algún mensaje a Mariano Rajoy, pues debía considerarme una especie de consejero suyo. Ahí me hizo algunas confidencias. Por ejemplo, que él aconsejó a Zapatero que en julio de 2011 convocase elecciones para noviembre a fin de evitar una intervención de la economía. Y el entonces presidente del Gobierno le hizo caso. Realmente fue un hecho insólito en la democracia española que las elecciones se convocasen con tanto tiempo. Se abrió entonces un periodo que fue un verdadero calvario para España.

## LA BURBUJA INMOBILIARIA

Los primeros avisos de burbuja inmobiliaria habían llegado del propio Banco de España, con Jaime Caruana como gobernador, y durante los últimos meses del Gobierno del PP con Rodrigo Rato como vicepresidente y ministro de Eco-

nomía y Hacienda. Por aquellas fechas, también el entonces economista jefe del FMI, Kenneth Rogoff, alertó del riesgo de «corrección brusca» de los precios de la vivienda en países como Australia, Reino Unido, Irlanda y España. En la misma línea se pronunció la OCDE.

Eran los meses finales de 2003 y a nivel internacional empezaban a sonar los primeros avisos de que el ciclo de bajos tipos de interés podía tocar a su fin. Tanto los precios de los activos inmobiliarios como el crédito estaban creciendo en España a tasas de dos dígitos. El Boletín Económico del Banco de España de septiembre de 2003 señalaba que «la magnitud de la consiguiente sobrevaloración [de los activos inmobiliarios] podría oscilar (...) entre un 8% y un 20%». Para añadir a continuación que «cabe esperar una reconducción, previsiblemente gradual, de las tasas de crecimiento de este precio hacia registros más acordes con la evolución de sus fundamentos a largo plazo».

Típico lenguaje «vaticano» del Banco de España que se podía traducir libremente como que «había que empezar a preocuparse, aunque no mucho». La llegada del nuevo Gobierno socialista en marzo de 2004 no supuso iniciar el proceso de explosión controlada de la burbuja. Al contrario, se practicó la conocida como política del pirómano que echa gasolina en un terreno reseco. Entre 2003 y 2007 se construían viviendas en España a un ritmo que rondaba las 700.000 anuales. El endeudamiento de familias y empresas superaba el 200% del PIB y el saldo exterior de la cuenta corriente y de capital tocaba el techo histórico del -10% del PIB.

La confianza y la credibilidad de la economía española por entonces ya se habían quebrado. Llegaron los días de mayo de 2010 y el Gobierno de Zapatero se vio forzado por la presión de los organismos internacionales y de los mercados a dar un giro de 180 grados a su mal llamada

política social. Rebaja del 5 % del sueldo de los funcionarios, subida cero de las pensiones, retirada del cheque bebé, recorte de 1.200 millones para las comunidades autónomas, recorte del gasto farmacéutico, recorte de la inversión pública... Pedro Solbes ya había abandonado la vicepresidencia económica del Gobierno y le había sustituido Elena Salgado.

Los hechos han sido muy relatados. El famoso cruce de cartas en 2011 con el presidente del Banco Central Europeo entonces, Jean-Claude Trichet, con la exigencia sobre todo de una reforma laboral... y el programa de compra de deuda por parte del BCE centrada en España y en la Italia de Berlusconi, con los rescates de Grecia, Irlanda y Portugal y las amenazas sobre el euro, como grandes heridas abiertas en la Europa del euro. Trichet llegó a comprar más de 40.000 millones de deuda española, en algo bastante parecido a un minirrescate, nunca reconocido como tal.

España entera asistía atónita a este giro radical de la situación; ante una imagen parecida a la de aquel que cierra los ojos ante un accidente seguro. El año 2009 fue el más negro para la economía española, con una caída interanual del PIB que llegó a superar en un trimestre el 4 %, un descenso del empleo del 7,2 % y un aumento del paro superior al 83 %. En el conjunto del año, 1,3 millones de personas perdieron el puesto de trabajo. El intento desesperado por salvar la situación, un año después, llegó tarde o fue insuficiente, como ocurrió con la reforma laboral que aprobó el Gobierno de Zapatero en 2010, a la que siguió una huelga general.

El sector financiero parecía hasta entonces bastante al margen de las preocupaciones oficiales. Las denominadas provisiones anticíclicas —una especie de bálsamo de Fierabrás contra todos los males— prevenían suficientemente

contra los tiempos adversos que ya se habían presentado. Las fusiones *light* de cajas de ahorros a través de los denominados SIP (Sistema Institucional de Protección, curioso nombre), permitían hincarle el diente por primera vez a las cajas de ahorros, muy contaminadas por el inmobiliario. Pero todo ello no eran más que intentos de curar el cáncer con aspirinas.

Rodrigo Rato accedió a la presidencia de Caja Madrid en enero de 2010 tras una negociación política de un año y medio y, en especial, una dura batalla interna dentro del PP, muy reveladora de lo que eran las cajas de ahorros en España. La cuarta entidad financiera española y segunda caja de ahorros detrás de La Caixa, relevaba a Miguel Blesa tras un pacto de todo el espectro político, PP, PSOE e IU, más sindicatos y organizaciones empresariales mediante un acuerdo por unanimidad. ¿Algún banquero o gestor acreditado? Ni por asomo.

Entonces se dijo que Rato era el candidato de Mariano Rajoy, en oposición a otros como Ignacio González, el preferido por Esperanza Aguirre, o Manuel Pizarro, no se sabe de quién... incluso yo mismo soné para ese puesto. La verdad es que fue Rato quien pidió el puesto a Rajoy y este debió considerar las capacidades de quien pilotó la política económica con éxito reconocido durante los gobiernos de José María Aznar. No tenía por qué ser un mal banquero...

La primera operación de calado fue la fusión de Caja Madrid con Bancaja en junio de 2010. En aquel momento supuso la creación de la primera caja española por volumen de activos, por delante de La Caixa. Y luego vino la salida a Bolsa en el verano de 2011. Ambas operaciones fueron un error. Lo dije cuatro años después públicamente en el Congreso y se lo dije en aquel momento a banqueros de inversión, con los que por entonces mantenía contactos habituales desde el

Instituto de Empresa. El problema de Caja Madrid no era de capital, era de valoración de activos y de falta de provisiones para créditos con riesgo mal contabilizado.

Y así se lo dije también a Rato. Comí con él un día después de la fusión. «Os estáis equivocando [...] habéis tenido presiones», le dije. Él me contestó que necesitaba ganar tamaño para mejorar el balance y que todas las cajas se estaban fusionando en los famosos SIP, impulsados por Fernández Ordóñez (y rebautizados en clave de humor negro como «RIP»). En el sector financiero —bastante inclinado a ver la paja en el ojo ajeno—, se miraba aquella fusión como la suma de dos manzanas podridas de las que no se podía esperar nada bueno.

#### BANKIA COMO SÍMBOLO

Apenas unos meses después se puso en marcha la salida a Bolsa de la ya bautizada como Bankia, un nombre «próximo, fácil, directo y dinámico». Era la primavera de 2011 y desde el Gobierno socialista el mensaje era el de la recuperación económica tras el tremendo bache de 2009. La salida a Bolsa era una forma de mostrar músculo. Se presentó como un símbolo de que el sistema financiero español tenía buenas palpitaciones y bombeaba con fuerza. Que era digno de confianza y que también lo eran, por extensión, la economía española y sus gobernantes.

No puede decirse que fuera un éxito. Fue el segundo grave error sobre Bankia, si descontamos la constitución de su consejo. Y así lo dije en su día en los círculos que me eran próximos y también cuatro años después en el Congreso. Y ello porque en la operación se dejaron de lado los criterios económicos y se impuso el mandato político. También



he dicho en el Congreso que en la salida a Bolsa de Bankia «se forzaron voluntades», referido al Banco de España y al Ministerio de Economía, al Gobierno socialista en definitiva. Aquello se calificó como «asunto de Estado». ¿Y los fundamentos económicos? Para eso, vuelva usted otro día.

En una nota de prensa, el Banco de España valoró «muy positivamente» la salida a Bolsa de Bankia. Lo hizo solo un día después y pese a que hubo que raspar mucho para terminar en tablas. Lástima haber esperado unos meses, porque el equipo del Gobernador habría evitado el patinazo de esa valoración apresurada. Las acciones perdieron cuatro veces su valor apenas un año después. Varios inversores internacionales y nacionales con los que hablé por aquellas fechas me confirmaron que se había producido un marcaje de las instancias oficiales para que respaldaran la operación que el propio Rato calificó de «estratégica» para España.

Incluso se utilizó el BOE para colocar a Bankia entre la espada y la pared. El Real Decreto Ley 2/2011 sobre saneamiento del sector financiero exigió un capital del 8% de los activos ponderados por riesgo, ampliable al 10% para las no cotizadas. Fijó en 15.152 millones de euros las necesidades de capital de bancos y cajas y para Bankia, en concreto, 5.775 millones de euros, seguida de NovaCaixaGalicia, Catalunya Caixa y Banco Base (la CAM-Cajastur). Allí se decía que el FROB (Fondo de Reestructuración Ordenada Bancaria) acudiría al auxilio de quienes no pudieran captar el dinero por sus propios medios, y en el caso de Bankia se anunciaba ya que iniciaba los trámites de salida a Bolsa.

En pleno verano de 2011 y una vez convocadas ya las elecciones, Zapatero y Mariano Rajoy, entonces líder de la oposición, acuerdan la reforma del artículo 135 de la Constitución. Supuso un importante paso en la buena dirección para blindar en nuestra Carta Magna el principio de estabilidad

presupuestaria, vincular a las Administraciones Territoriales con este objetivo, afianzar los lazos con la Unión Europea y garantizar la sostenibilidad económica y social. La negociación fue rápida y el respaldo amplio. Pero sobre todo, fue una muestra de responsabilidad y sentido de Estado de Rajoy desde la oposición, algo que en el lado contrario hemos echado en falta tantas veces recientemente en España.

Con las elecciones del 20-N ganadas por el PP con mayoría absoluta se produce uno de los episodios más llamativos del Gobierno de Zapatero, por aquellas fechas en funciones. Solo un día después y mediante un comunicado lanzado a media tarde por el Banco de España, se anunció la intervención del Banco de Valencia, la destitución de los administradores y la inyección de capital de 1.000 millones de euros más otros 2.000 millones de liquidez. Se convertía así en la cuarta entidad intervenida —tras Caja Castilla-La Mancha, Cajasur y la Caja del Mediterráneo— por el supervisor en la etapa socialista, con la particularidad de que se trataba por primera vez de un banco y además cotizado.

Banco de Valencia también constituía un caso aparte al tratarse de la filial de una caja (colgada de la matriz de Bankia, el Banco Financiero y de Ahorros (BFA)). La presidía José Luis Olivas hasta un mes antes de la intervención, que a su vez era vicepresidente de Bankia, cargo del que también dimitió el 21-N, el día de la intervención. El distanciamiento entre Olivas y Rato se hace ya patente, aunque venía de atrás. El comunicado del Banco de España explicaba que la decisión de intervenir la entidad «se produce después de haber evaluado la situación financiera-patrimonial de Banco de Valencia y haber constatado que no ha podido adoptar las medidas adecuadas para asegurar su viabilidad». Por qué se eligió precisamente ese momento, con un Gobierno en funciones, es un episodio sobre el que falta alguna explicación.